

El Accitano.

PERIODICO

CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE INTERESES GENERALES DE GUADIX Y SU PARTIDO.

Jerusalem

Separándome de la caravana que había quedado alrededor del sepulcro de la Virgen, me senté un momento sobre las raíces del más solitario y viejo de aquellos olivos del (Huerto de las Olivas); su sombra me ocultaba los muros de Jerusalem; su ancho tronco me velaba á las miradas de los pastores que apacentaban sus rebaños negros sobre la pendiente del monte de los Olivos. Sólo tenía yo á la vista el barranco profundo del Cedrón, y las copas de algunos otros olivos que cubren en aquel sitio toda la anchura del valle de Josafá. Ningún ruido salía del lecho del seco torrente: ninguna hoja temblaba en el árbol: yo cerré un momento los ojos, y me trasladé con el pensamiento á aquella noche, víspera de la redención del género humano, en que el mensajero divino apuró hasta las heces el cáliz de la agonía antes de recibir la muerte de mano de los hombres por premio de su celestial mensaje.

Yo pedí mi parte de esa salvación que á tanto alto precio había venido á traer al mundo; me representé el océano de angustias que debió inundar el corazón del hijo del hombre cuando contempló con una sola mirada todas las miserias, todas las tinieblas, todas las amarguras, todas las variedades y todas las inquietudes de la suerte del hombre; cuando quiso levantar solo esa carga de crímenes y desgracias, bajo cuyo peso la humanidad entera pasa encorvada y gimiendo en este estrecho valle de lágrimas; cuando comprendió que no se podía ni aún traer el hombre una verdad y un consuelo, sino á costa de su vida; cuando retrocediendo delante de la sombra de la muerte que sentía ya sobre sí, dijo á su padre:—«Padre, si es posible, que pase este cáliz lejos de mí» y yo, hombre miserable, ignorante y débil, podré también exclamar al pie del árbol de la debilidad humana:—«Señor, que todos estos cálices de amargura se alejen de mí y sean derramados por vos en ese cáliz ya bebido por nosotros todos!»

El tenía la fuerza de beberlo hasta las heces; él os conocía; él os había visto; él sabía por qué iba á beberlo; él sabía que le esperaba una vida inmortal en el fondo de su sepulcro de tres días; pero yo, Señor; ¿qué sé, como no sea el sufrimiento que despedaza mi corazón y la esperanza que él me ha encerrado?

Me levanté y admiré cuán divinamente había sido aquel lugar predestinado y elegido para la escena más dolorosa de la Pasión del Hombre-Dios. Era un valle estrecho; encajonado, profundo, cerrado al norte por alturas

sombrias y desnudas que sustentaban los sepulcros de los reyes; al oeste oscurecido por la sombra de los muros sombríos y gigantes de una ciudad de iniquidades; cubierto al oriente por la cima de la montaña de los Olivos y atravesado por un torrente, cuyas olas amargas y amarillas rodaban sobre las piedras del valle de Josafá. A pocos pasos de allí se destaca una roca negra y desnuda como un promontorio, desde el pie de la montaña y suspendida sobre el Cedrón y el valle sustenta algunos antiguos sepulcros de los reyes y patriarcas, y se lanza como el puente de la muerte sobre el valle de las lamentaciones.

Sabí á caballo, y volviendo á cada instante la cabeza para ver alguna cosa más del valle y de la ciudad, llegué en un cuarto de hora á la cumbre del monte de los Olivos; cada paso que daba mi caballo por el sendero que conduce á la cima, me descubría un barrio, un edificio más de Jerusalem. Llegué, pues, á la cumbre, coronada por una mezquita ruinoso que ocupa el mismo sitio donde Jesucristo ascendió al cielo después de su resurrección; tordí un poco hacia la derecha de esta mezquita, y pasando junto á dos columnas rotas y caídas sobre el suelo, me senté en una meseta desde donde descubría á la vez Jerusalem, Sión, los valles de Saba, que conducen á la mar Muerta, y la misma mar que brillaba entre las cimas de las montañas, y el horizonte inmenso y surcado por diferentes cumbres que terminan en las montañas de Arabia.

¡He aquí la ciudad mirada desde lo alto del monte de los Olivos! No tiene horizonte detrás ni por el lado del occidente ni por el norte. La línea de sus murallas y torres, las agujas de sus numerosos minaretes, sus cúpulas brillantes se destacan sobre el purísimo azul del cielo de Oriente, y la ciudad así asentado sobre una meseta ancha y elevada, parece brillar todavía con todo el antiguo esplendor de sus profecías, ó aguardar sólo una palabra para salir brillante de sus diez y siete ruinas sucesivas....

Esta es la visión más brillante que puede gozar la vista, de una ciudad que ya no es, porque parece ser todavía y brillar como una ciudad llena de juventud y de vida; y sin embargo, si se la mira con atención, se conoce que ya no es, en efecto, más que una hermosa visión de la ciudad de David y de Salomón. Ningún ruido sale ya de sus plazas y calles; no hay ya caminos que conduzcan á sus puertas del Oriente ó del Occidente, del Mediodía ó del Septentrión; no hay más que algunos senderos que cablean á la ventura entre los peñascos, donde no se encuentran más que algunos árabes medio desnudos, montados en sus asnos, y algunos camelleros de Damasco, ó mujeres de Belén ó de Jericó, que llevan sobre sus cabezas un

canasto de uvas de Engaddi, ó un cesto de palomas que van á vender por las mañanas bajo los terebintos fuera de las puertas de la ciudad.

Todo el día estuvimos sentados en frente de las puertas principales de Jerusalem; dimos la vuelta á sus murallas, pasando por delante de las demás puertas, y no vimos entrar ni salir á nadie; ni un mendigo había sentado contra los mojones del camino; ni un centinela se mostraba en los umbrales; nada vimos ni oímos; ¡el mismo vacío, el mismo silencio á la entrada de una ciudad de treinta mil almas, durante las doce horas del día, que si hubiésemos pasado por delante de las puertas muertas de Pompeya y Herculano! ¡No vimos más que cuatro cortejos fúnebres salir en silencio de la puerta de Damasco, y encaminarse á lo largo de las murallas hacia los cementerios turcos. La tierra alrededor de la ciudad estaba recientemente removida por sepulturas recién abiertas, que la peste multiplicaba todos los días; ¡y el único ruido perceptible fuera de las murallas de Jerusalem era el monótono quejido de las mujeres turcas que lloraban a sus difuntos! No sé si la peste era la única causa de la soledad de los caminos y del silencio profundo que reinaba dentro y fuera de Jerusalem. No lo creo...

LAMARTINE.

¡MUERA!

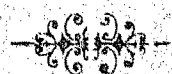
Rugiendo de furor, lleno de saña,
De rabia y de rencor, se precipita
Un pueblo ante Pilato que se agita
En convulsión fatal, horrible, extraña.

Y como aborto de su propia entraña
Al presidente á cometer excita
Un horrible Deseido funeral grita,
El falso, el impostor que nos engaña.

La historia no ha torcido su camino;
Aun ese pueblo con afán profundo
Quiere extinguir el ideal divino

Que feliz reina en el cerebro humano.
¿Atrás? ¡es imposible! pues el mundo
Hasta su fin será mundo cristiano.

FRANCISCO GUERRERO.



Llora Humanidad, Llora!

Bañada por las aguas del Tiber, la ciudad eterna se alzaba en la campiña romana, radiante de suntuoso fausto y orgullosa del nombre que tenía.

La residencia de los Césares, la antigua capital del Imperio; plétórica de grandezas, escucha en sus recintos los ecos de las desenfrenadas saturnales y las canciones de las orgias.

Sobre áureos pedestales se asentaban los falsos ídolos, y los templos maravillosos levantados á Júpiter, Venus y Minerva y á toda la pléyade de los dioses mitológicos, servían de punto de reunión al pueblo pagano, que ante aquellos tronos caía de hinojos rindiendo culto fervoroso á tan omnipotentes divinidades.

El oráculo de Delfos, habló á al cabo de mucho tiempo,

La respuesta dada á la pregunta hecha por Augusto, llegaba á poder del César, y la portadora de la última palabra que había de pronunciar el oráculo, camina fatigada por la vía Appia, calle de los sepulcros levantados á la memoria de los grandes patricios por el pueblo romano, que de este modo quería honrar el recuerdo de tan esclarecidos varones.

La Sibila Cuma iba en demanda del palacio del Emperador, llevando en la respuesta de Delfos la noticia mas trascendental, el anuncio glorioso del Nacimiento allá en Bethan, del hijo de Dios, venido al mundo para derribar los dioses falsos del paganismo y para difundir por todo el haz de la tierra el espíritu sacrosanto de la verdad única é inconcusa.

Cumplíase las profecías; el Hombre-Dios llegaba, y la Humanidad veía en lontananza su era de redención.

Allá en las alturas de los cielos, tras del azul purísimo de las atmósferas, en las regiones de las bienandanzas eternas, los ángeles entonaban el Hosanna, hosanna! entre cánticos dulcísimos y armonías celestiales.

El pueblo judío recibió entre vitores y aclamaciones al Mesías, al Hombre Dios, al transformador de las creencias, y a su paso vertía sobre él multitud de flores, y alfombraba su camino, mientras lo hacía marchar entre palmas, símbolo de paz.

La Jerusalem deicidida abrió sus brazos al Salvador del mundo; estaba escrito que el sendero del Calvario antes de cubrirse de espinas para el Cordeño divino, se tapizara de flores; estaban escritas allá, en el libro inescrutable de las voluntades del Eterno, todas las fases del horrendo drama de la Pasión, drama aceptado con humildad por el Hijo para salvar con su sangre el pecado de los hombres; estaba escrito, las predicciones lo habían dicho, que el Verbo divino se ofrecería en holocausto para redimir de culpas al humano; estaban escritas las amarguras, los sufrimientos, las vejaciones, el martirio infinito, cruel y lento que el pueblo bárbaro había de dar al que antes recibiera como Rey entre entusiastas manifestaciones de respeto y veneración.

Todo esto debía de ocurrir, con esa inmutable seguridad de lo que dimana de arriba.

El sacrificio era enorme, grande; excede á toda ponderación.

El colorista en el lienzo, el escultor en el mármol, el poeta en sus sentidas estrofas, el compositor en sus producciones; todos intentan ¡vano esfuerzo! llevar al lienzo ó al papel algo de esa tragedia espantosa que hoy la Cristiandad solemniza, fecha gloriosa, memorable, que se alza de los más remotos confines del ayer; inundada de resplandores brillantes y eternos, mostrándonos como consuelo verdadero

la cima del Gólgota, puerto de salvación, centro al que convergen las miradas angustiosas de los que sufren, de los que aguardan las bienaventuranzas cantadas por los salmistas, en recompensa á las amarguras que en este valle de lágrimas acicatan al humano.

La humanidad se viste hoy de luto; del fondo del alma levántase un sentimiento de piedad intensa, y la oración sube á los labios en un arranque de contrición.

Se ve el hombre pequeño en su ruin conducta ante el sacrificio de quien lo redimió del pecado.

¡Llora Humanidad, Llora! El llanto y el arrepentimiento son los peldaños que te pueden conducir á la felicidad eterna.

A. Jerez Santa Maria.

MATER DOLOROSA

Hora tras mí venid. En el ocaso el sol se va apagando lentamente, y de la luna el resplandor escaso entristece los campos del Oriente. Hacia el Calvario enderezad el paso; silencio sepulcral hiela el ambiente; allí al pie de la cruz llora María en pavorosa soledad sombría.

Lívica, demudada y macilenta con ambos brazos á la Cruz se anuda; viendo muerto á Jesús y que ella alienta, de la verdad de su desgracia duda, ya en lastimera voz su mal lamenta, ya el supremo dolor la deja muda. ¿Cuál padece la Madre desolada sin clavos y sin cruz crucificada?

La negra sombra de la noche obscura ni tibio rayo de esperanza aclara; el cáliz de la hiel tu labio apura, se pierde tu clamor, nadie te ampara... ¿No hay un querube en la celeste altura que te mueva el pesar que te acibara? ¿Cómo no se desgarran el firmamento al repetir el eco de tu acanto?

¡Lloras! ¡Madre infeliz! ¿No era bastante á redimir la culpa comatida en suplicio horroroso y humillante inmolarse Jesús la excelsa vida? ¿Para qué abrir con dardo penetrante de tus dolores la profunda herida? Ya derrocado de su solio el vicio ¿de qué sirve tu estéril sacrificio?

El SER por cuya mano poderosa en alto pedestal te hallas alzada, quiso, sin duda, ver tu frente hermosa con tres santas coronas adornada: de madre la diadema esplendorosa, de virgen la guirnalda inmaculada, y la aureola inmortal cándida y pura de la no morocida desventura.

¡Ah! Tú eres el dolor volando al cielo, bajel que boga en tormentosos mares, Tú sabes de la vida el desconsuelo, tú sabes, Madre, lo que son pesares. Es un valle de lágrimas el suelo, y el dolor debe estar en los altares. Si: Tú eres del dolor símbolo santo, y Tú, al llorar, enalteceste el llanto.

M: HUERTERO.

Al pie de la Cruz

En la cima sangrienta del Gólgota se consumó el deicidio; el pueblo escogido sordo y ciego á las divinas verdades, se mancha con la sangre del que venia á ser su libertador.

María, la mujer sin igual; la cándida azucena del Carmelo; la creación humana más perfecta que brotara de la mente divina; la que deleitó con su belleza, con sus encantos y sus virtudes al mismo Dios... está presente al horrendo crimen del deicidio.

Allí está ¡al pie de la Cruz! silenciosa, pálida, sumergida en un mar de amarguras. Todo su ser se reconcentra en la mirada de dolor, de amor, de resignación de su divino Hijo.

¿Qué espera en aquella soledad la Virgen sin mancha? ¡Ah! estrechar contra su pecho amoroso los restos benditos del amado de su alma. Su deseo queda cumplido: unos santos varones depositan en sus santos brazos el bendito cuerpo de Jesús.

¡Oh! Desolación y amargura sin igual! Los labios de la madre dolorida beben en los cardenos del Hijo muerto la hiel más amarga y el sufrimiento más hondo.

¡Pobre madre! Dolorida está de la Cruz al pie; sola en el mar de la vida, sin más amparo ni égida que amor, esperanza y fe.

ADELAIDA RUIZ.

PROFECIA

Aparecesele la cruz á David, como el trono verdadero de este nuevo rey. Ve sus manos y sus pies traspasados todos sus huesos, que podían contársese por el peso de su cuerpo, violentamente suspendido; sus vestidos repartidos, su túnica sorteada, su lengua abrevada con miel y vinagre, sus enemigos blasfemando al rededor de él y saciándose de su sangre. Pero vé al mismo tiempo las gloriosas consecuencias de sus humillaciones. Todos los pueblos de la tierra acordarse de su Dios, olvidado en tantos siglos; los pobres venir los primeros á la mesa del Mesías, y despues los ricos y los poderosos; todos á adorarle y bendecirle; prefiriendo él en la grande y numerosa iglesia, esto es, en la congregación de las naciones convertidas, y anunciando en ella á sus hermanos el nombre de Dios y sus verdades eternas. Al ver David estas cosas, conoció que el reino de su hijo no era de este mundo; y no se maravilla, porque no ignora que el mundo pasa, y un príncipe tan humilde siempre sobre el trono bien sabía que no era el trono una felicidad en que debiesen terminar sus esperanzas.

Los demás profetas no han visto menos el misterio del Mesías. No hay cosa grande ni gloriosa que no hayan dicho de su reinado. El uno vé á *Bethleem, la más pequeña villa de Judá*, ilustrada por su nacimiento; y al mismo tiempo, mas altamente elevado, vé otro nacimiento, por el cual *sale ab eterno del seno de su padre*; el otro vé la virginidad de su madre, un *Manuel, un Dios con nosotros* salir de aquel seno virginal, y un hijo admirable á quien llama *Dios*. Este le vé entrar en su templo; aquel le vé *glorioso en su sepulcro*, en que la muerte ha sido vencida.

Pero al publicar sus magnificencias, no callan sus oprobios. Hanle visto *vendido á su pueblo*; han sabido el número y el empleo y peso de las treinta monedas de plata en que ha sido comprado. Al mismo tiempo que le han visto grande y elevado, le han visto despreciado y desconocido en medio de los hombres; el asombro del mundo, tanto por su bajeza como por su altura; el último de los hombres, el hombre de los dolores, cargado de todos nuestros pecados; bienhechor y desconocido, desfigurado por sus llagas y sanando con ellas las nuestras; tratado como un delincuente, llevado al suplicio con malhechores y entregado como un cordero, inocente pacíficamente á la muerte; nacer de él una larga posteridad por este medio. desatada la venganza sobre su pueblo incrédulo. Y á fin de que nada faltase á la profecía, contaron los años hasta su venida; de modo, que sinó es queriendo estar ciego, nadie puede dejar ya de conocerle.

No solamente los profetas veían á Jesucristo, sino que también eran su figura y representaban sus misterios, principalmente el de la Cruz. Casi todos padecieron persecución por la justicia y nos figura en sus penas la inocencia y la verdad perseguida en Nuestro Señor. Se vé á Elias y Eliseo siempre amenazados. ¿Cuántas veces fué Isaias la risa del pueblo y de los reyes, que, como trae la tradición constante de los judíos, al fin le sacrificaron á sus furiosos! Zacarías, hijo de Joyadas, es apedreado; Ezequiel siempre aparece entre aflicciones: los males de Jeremías son continuos é inexplicables; Daniel se vé dos veces en medio de los leones. Todos fueron impugnados y maltratados, y todos nos han hecho ver con su ejemplo, que si la flaqueza del antiguo pueblo necesitaba en lo general de ser sostenida con bendiciones temporales, no obstante los fuertes de Israel, y los hombres de una santidad extraordinaria, se alimentaban del pan de la aflicción, y bebían anticipadamente, por santificarse, en el cáliz preparado al Hijo de Dios, cáliz mas lleno de amargura tanto la persona de Jesucristo era mas santa.

Á JUDAS

SONETO.

Cuando el horror de su traición impía,
Del falso apóstol fascinó la mente,
Y del árbol fatídico pendiente
Con rudas contorsiones se mecía;
Complacido en su misera agonía,
Mirábale el demonio frente á frente,
Hasta que ya, del término impaciente,
De entrambos pies con impetu le asía.
Mas cuando vió cesar del descompuesto
Rostro la convulsión trémula y fiera,
Señal segura de su fin funesto,
Con infernal sonrisa placentera
Sus labios puso en el horrible gesto,
Y el beso le volvió que á Cristo diera.

J. NICASIO GALLEGU.

De como fué crucificado el Salvador.

Llegado el Salvador al Monte Calvario, fué allí despojado de sus vestiduras, las cuales estaban pegadas á las llagas que los azotes habían dejado. Y al tiempo de quitárselas, es de creer que se las desnudarian aque-

llos crueles ministros con inhumanidad, que volverían á renovarse las heridas pasadas, y á manar sangre por ellas.

Tendido, pues, el Salvador en esta cama, llegó uno de aquellos malvados ministros con un grueso clavo en la mano, y puesta la punta del clavo en la sagrada palma, comenzó á dar golpes con un martillo y hacer camino al hierro duro por las blandas carnes del Salvador. Los oídos de la Virgen oyeron estas martilladas y recibieron estos golpes en medio del corazón. ¡Y sus ojos pudieron ver el espectáculo como éste sin morir! Verdaderamente, aquí fué su corazón traspasado con esta mano, aquí fueron, con este clavo, sus virginales entrañas rasgadas. Con la fuerza del dolor de la herida, todas las cuerdas y nervios del cuerpo se encogieron hácia la parte de la mano clavada, y llevaron en pos de sí todo el peso del cuerpo. Y estando así cargado el buen Jesús hácia esta parte tomó el cruel sayón la otra mano, y por hacer que llegase al agujero que estaba hecho, estiróla tan fuertemente, que los huesos del sagrado pecho se desabrocharon y quedaron tan señalados y distintos que, como el Profeta dice, uno á uno los pudieran contar. Y de esta misma crueldad, es de creer que usaron cuando le enclavaron los pies; y de esta manera quedó el sagrado cuerpo afijado en la Cruz.

Este tormento de cruz fué el mayor de los tormentos corporales que el Salvador sufrió en su pasión. Porque este linaje de muerte de cruz, era uno de los mas acerbos y penosos que en aquel tiempo se acostumbraban. Porque las heridas son en pies y en manos, que son los lugares del cuerpo en que hay más junturas de huesos y de nervios, los cuales son órganos y instrumentos del sentir, y así las heridas en esta parte son más sensibles y más penosas. Y también esta manera de muerte no es acelerada como otra, sino prolija y larga; en la cual los matadores, no solo pretenden matar, sino también atormentar al que muere. Y en todo este espacio tan largo, el cuerpo que está en el aire colgado de los clavos, naturalmente carga para abajo y así está siempre rasgando las llagas, y rompiendo los nervios, y ensanchando las heridas, y acrecentando continuamente el dolor.

Y con ser tal este tormento, que un animal bruto que lo padeciera, pudiera mover á compasión, sus enemigos eran tales, que en este mismo tiempo estaban meneando la cabeza y haciendo fiesta, y diciendo donaires, y haciendo escarnio del Salvador. Pues ¿qué era esto sino estar echando sal en las llagas recientes y frescas, y crucificar con las lenguas á quién con los clavos habían ya crucificado?

Más aun, no se acaban aquí los trabajos del Salvador, sino pasan más adelante: porque ni el fervor de su caridad, ni el furor de sus enemigos se contentaban con esto. Y así, añadieron ellos otra nueva y nunca vista crueldad á todas las otras. Porque estando el Señor ya todo desangrado, secas las entrañas, y agotadas todas las fuentes de las venas, como naturalmente padeciese grandísima sed, y dijese aquella dolorosa palabra: «Sed,» que es: «Sed he,» aquellos malvados enemigos usaron con él tanta crueldad, que en este tiempo le dieron á beber una esponja de vinagre.

Aquí es razón de considerar que aunque fué tan acerbá y dolorosa la pasión de este Señor (como aquí habemos visto), no menos fué injuriosa que dolorosa; porque con lo uno padeciese la vida, y con lo otro padeciese la honra. Porque el linaje de muerte que padeció fué ignominioso, que era muerte de cruz, que en aquel tiempo era castigo de ladrones; el lugar también lo era, porque era público, y donde justificaban los públicos malhechores; y la compañía también lo era, pues fué de ladrones y malos hombres; y además de esto el día era solemne, porque era víspera de la fiesta, adonde había acudido mucha gente de todas partes. Y para mayor confusión y deshonra suya, fué puesto en la cruz desnudo, que es cosa muy vergonzosa y afrentosa para nobles corazones. De lo cual, todo parece claro como en la sacratísima Pasión del Señor hubo suma deshonra, suma pobreza y sumo dolor. Lo cual convenia así porque su sagrada Pasión había de ser cuchillo y muerte del amor propio, que es la primera raíz de todos los males; de la cual nacen tres ramas pestiferas, que son: amor de honra, amor de hacienda y amor de deleites, las cuales son yescas é incentivo de todos ellos. Pues contra el amor de la hacienda esta suma pobreza, y contra el amor del regalo este sumo dolor. Y de esta manera el amor propio, que es el árbol de la muerte, se cura con el benéfico fruto de este árbol de vida, el cual es general medicina de todos los males, cuyas hojas, como dice Sant Joan son para salud de las gentes.

Fr. Luis de Granada.

Fábrica Azucarera San Torcuato

COMPANÍA ANÓNIMA.

El Consejo de Administración de la misma, ha acordado la celebración de Junta general extraordinaria, que tendrá lugar el día 12 del mes actual, á las dos de su tarde, en el domicilio social, San Antón 39.

Objeto de la convocatoria.—Para modificar los Estatutos de la Compañía, si á esta conviniera ingresar en la proyectada Sociedad General Azucarera de España; haciéndose presente, que para dicha modificación, es necesaria la concurrencia de número de acciones suficiente para representar, por lo menos, las cuatro quintas partes del capital social.

En cumplimiento á lo preceptuado en el artículo 24 de los Estatutos, los señores Socios deberán depositar las acciones de la primera serie y resguardos provisionales de la segunda, en la Caja de la Sociedad, con tres días, á lo menos, de anticipación al señalado para la Junta.

Granada 1.º de Abril de 1903.—El Presidente, *Francisco Muñoz Laserna*.

EL PROCESO DE JESÚS.

Aunque el aspecto predominante en la Pasión de Cristo es el teológico, puede ser considerada en su carácter jurídico, para demostrar que el *deicidio* perpetrado por los judíos es, aun humanamente hablando, el más horrendo de los crímenes que registra la historia.

La acusación del Mesías, engendrada por la envidia que su doctrina y milagros, despertaron en los partidarios de la *antigua y desacreditada teocracia*, se presenta en el Concilio de la Sinagoga, presidido por Caifas, su *acusador y juez* fundada en el *delito de blasfemia*. Jesús había dicho ser el *Mesías, hijo de Dios*, lo racional era ver si en su venida se habían cumplido los vaticinios de siglos anteriores. Pero la acusación se dio por cierta sin pruebas ningunas, y en aquel Concilio, se decretó *el medio de apoderarse de Jesús para matarlo*. (1) Doble infracción de las leyes divinas y humanas!

Si se le acusaba por crímenes contra el culto judío, á estos tribunales competía juzgarlo; pero eran incompetentes sus enemigos, los fariseos y doctores del pueblo hebreo, para imponer la última pena. Preciso les era, para conseguir la muerte del Mesías, *acudir al juez del César*; y para evitar que este se inhibiera de la causa, no acusan á Jesús del delito de blasfemia, sino de un *crimen de Estado* y de pretender derrocar el poder del César, nombrándose *Rey de los judíos*. «No tratándose sino de un crimen de *sedición* contra el César, Pilatos, decían ellos; tiene que condenarle.» Mas la condenación era imposible. Ambas leyes, la romana y la hebrea, prohibían condenar por la sola confesión del acusado y esta atejaba del ánimo del juez romano, la más leve sospecha de crimen. Jesús dijo á Pilatos. «Mi reino no es de este mundo»; en lo cual iba su más explícita renuncia á las coronas de la tierra.

Pero, juez venal y débil, esto, en lugar de salvar á Jesús, envía el proceso á Herodes Antipas, Tetrarca de Galilea, el cual se niega á castigar en una causa «que le parecía digna de burla y desprecio.»

Ahora bien, si la causa era religiosa, no debió salir de la Sinagoga; si política, no debió verse mas que ante el Pretorio. Si el juez competente era el de origen, Pilatos no debió condenar, y si lo era este último, no debió enviarse el proceso al Tetrarca de Galilea. Dice muy bien Palafox: «A pesar de tantos jueces, todos ilegítimos y todos injustos, no surgen competencias como en los tribunales ordinarios de la tierra: todos quieren matar al justo, pero nadie se atreve á cometer por sí tamaño crimen.» ¡Qué

(1) Evangelio de San Mateo.

verdad es que el juez y el testigo y además el reo del *deicidio*, fué únicamente el pueblo judío! Sin duda quiso Jesús pasar por tantos tribunales, romanos, hebreos é idólatras, porque así como había de salvar á todos los hombres, todos tuviesen, la parte pesable en su muerte. Lista lo ha dicho:

Muere! Gemid humanos!

Todos en él pusisteis vuestras manos!

La sentencia firmada por Pilatos, á más de injusta era notoriamente ilegal. No hubo abogado; no hubo un juez competente, pero sí testigos falsos y hombres apóstatas: no hubo prueba de descargo, cuando los discípulos hubieran podido presentar a la Nación entera: la ley hebrea prohibía condenar el día de la Pascua: todas las horas, aun las más altas de la noche fueron hábiles para condenar al inocente. Otros pueblos quarian que el sol iluminase el mundo y la conciencia del juez para dictar sentencia; para condenar al *Impecable*, luz del mundo y de las almas, se pide consejo á las tinieblas! La perfidia y la violencia caracterizaron aquel procedimiento. Más bien que un juicio revestido de las formas legales, fué la causa de Jesús un suplicio prolongado de tan sagrada víctima. La sentencia de Pilatos fué hija de la violencia. Convencido estaba el Pretor de la inocencia de Jesús. Pero era funcionario público; se le amenazó con perder la amistad del César y, aunque la amenaza era infundada, falló *contra su conciencia*, no sin declararse á sí propio inocente de la sangre del Mesías. «Si hunc dimittis, non es amicus Caesaris!» Palabras terribles que con desusada frecuencia han resonado en el ánimo de jueces medrosos y venales!...

Dios en sus eternos designios ha podido permitir que sucumbiese el Justo bajo la malicia de los hombres: pero ha querido, á lo menos que esto se realizase *ofendiendo todas las leyes*, á fin de que el desprecio de *las formas*, permaneciese como primer indicio de la violación del derecho.

FRANCISCO F. SANCHEZ PUERTA.

Cristo después de la Cena.

Puesto el Señor en pie, tras la excelente muestra de su humildad y amor constante, al morir, con las obras de gigante, y al nacer, con el nombre de valiente.

Al Padre, que en su alma está presente, volvió el sereno, virginal semblante, como suele, al partir, rendido amante, hacer en dones su querer patente.

Santo, le dice, con la eterna lumbre que tuve en el principio, y tú me diste, escleréceme ahora y dame aliento.

Porque al guiar por la enriscada cumbre, estos, que años para siempre hiciste, quieren que gocen de tu sacro asiento.

X.

Pilatos se lava las manos.

Inocente era Jesús, y sin embargo le condenó á muerte la ley; de nada le sirvió el ser justo y prometer la luz á los que en tinieblas vivían, porque estos ciegos, que no pudieron acostumbrar sus ojos á la vista del sol, pidieron, con voces descompasadas é indignación ridícula, que fuera clavado en cruz. Y así se hizo.

El mundo se salvó por ello, como debía necesariamente salvarse, según estaba anunciado; pero el pueblo, ejecutor del crimen, dejó caer sobre sí una asquerosa mancha que el transcurso de tantos siglos no ha conseguido borrar.

La ley mandaba que fuera crucificado y crucificado fué. En vano se esforzaron los jueces en hacer ver al exaltado pueblo la injusticia que iba á cometerse; inútiles las razones en favor del inocente, objeto de las iras populares; inútil también la exhibición de su estado lastimoso, para mover á piedad y salvarle. Inútil todo. Y ante el clamoreo del pueblo, conducido y enardecido previamente para pedir con gritos destemplados tan grande infamia, Pilatos se lava las manos y le entrega á sus enemigos. ¡Admirable justicia! ¡Sublime rasgo político que tantos admiradores ha alcanzado!

Cuando caldeadas las pasiones y cegados los ojos, se desenfrenan los pueblos y se levantan los odios en demanda de una iniquidad (aun que esta iniquidad se halla dentro de la ley), es necesario concedérselo; Pilatos lo enseñó. Es preciso entregarle la víctima que pide para que, haciéndola objeto de sus encarnizados furros, la despedace y se satisfagan sus odios, sin que pueda otra cosa el que lo entrega, que lavarse tranquilamente las manos, para indicar que él no comete la infamia, sino la deja cometer. Pero no salva su responsabilidad; y así, la historia le ha condenado por su débil acción, pues para que la ley se cumpla, es necesario que tenga todas las condiciones precisas para considerarla como tal; y aparte de diversos requisitos mas ó menos esenciales, debe tener uno que, si ha de ser cumplido, no puede faltar.

La ley ha de ser justa.

Guadix.—Imp. de EL ACCITANO en arrendi.

EL ACCITANO

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE INTERESES GENERALES.

Oficinas, Villa Alegre, 4.—Guadix

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN (PAGO ANTICIPADO)

En Guadix, un año.	Ptas. 10.00
En toda España. »	» 10.00
Extranjero. »	» 12.50
Número corriente, 25 céntimos de peseta. Atrasado, 50.	

Anuncios 1.ª plana, peseta línea; 2.ª 75 céntimos de peseta; 3.ª 50 céntimos; 4.ª 25.

Comunicados: precios convencionales.

EL ACCITANO

PROVINCIA DE

Sr. D.